

to y de expresión, son otros tantos méritos de este libro.—LEOPOLDO HURTADO.



“LA LUZ VIENE DEL MAR”, de *Nicomedes Guzmán*

Cuando Nicomedes Guzmán publicó *Los hombres oscuros*, en 1939, a los 25 años de edad, dió la medida de su capacidad creadora y del porvenir literario que lo aguardaba. A los 30 años, en 1943, publicó su magnífica novela *La sangre y la esperanza*, que no ha sido superada en su fuerte realismo y en la justeza descriptiva de un medio que había sido incorporado a la novela chilena por escritores que lo conocían sólo por referencias o por visitas tímidas y circunstanciales a los bajos fondos de la capital.

La sangre y la esperanza constituyó uno de los mayores triunfos de crítica y de librería de su época y se continúa leyendo con verdadero y constante interés. Es la suerte que aguarda a las auténticas obras de arte que encuentran el camino que conduce al corazón de las minorías y de las multitudes. Después de esa novela representativa de nuestra literatura. Nicomedes Guzmán produjo otras de menor valía pero manteniéndose siempre fiel a su estilo de estremecido lirismo.

Ahora, acaba de publicar su novela *La luz viene del mar*. El estrecho y sórdido escenario del conventillo criollo, donde transcurre la vida de los protagonistas de *La sangre y la esperanza* y *los hombres oscuros*, se amplía en esta nueva novela con el imponente paisaje de la pampa salitrera y el puerto de Iquique, que recibe y entrega la carga humana que se reparte entre los diferentes cantones de la región.

Se inicia la novela con una pequeña introducción titulada: “En la brecha”. Es como si el director de una gran orquesta hubiera levantado su batuta para dar comienzo a la sinfonía clamorosa de palabras y de acciones que se titula *La luz viene del mar*. Desde

el comienzo no hemos podido desprendernos de la idea que esta novela tiene algo —poco o mucho— de poema sinfónico, dividido en cantos, en trozos que se cortan para volver a anudarse más adelante, conservando la unidad del tema. El sol, al comienzo, aparece más allá de la pampa y va iluminando, sin lentitud ni premura, al mundo que lo aguarda. Y comienzan a aparecer los personajes: Reliquia y Candela, apodo de Virginia, un capullo en el inmenso erial destrozado por los hombres. Nicomedes Guzmán la describe con certeros golpes plásticos: "Virginia tenía los ojos color de bruma: color de bruma cuando el sol comienza a penetrarla y la engasta de piritas de oro. Luego, había en este color algo como una sutil esencia de clorofila, y el verde entonces nacía desde el fondo de la bruma lo mismo que musgo de ternura".

Aún en los instantes de mayor exaltación, Guzmán es llevado siempre de la mano por el poeta que se esconde en el fondo de su corazón atormentado por infinitos presagios. El lenguaje de algunos de sus personajes es viril, rudo, grosero, extraído de la observación auditiva directa, honrada, sin eufemismos. No obstante, el novelista no pierde el lirismo de su estilo, que en algunos trozos adquiere el tono de un poema en prosa, enriquecido por acertadas metáforas: "Las campanas de San Gerardo estaban doblando lengua y profundamente. Los musgos del bronce se desprendían con suavidad del metal sonoro y se venía hasta la playa, buscando el encuentro del mar, por entre los tamices diáfanos del aire".

Transitan a través de las apretadas páginas de *La luz viene del mar* personajes inolvidables, que se aferran a nuestra memoria y permanecen con nosotros como viejos conocidos. El griego Cholakys, el Huacho Fieroga, la resignada presencia de Sofía, la escalofriante figura del Cara de Pescado, con su pupila colgante y gelatinosa, el chino Win, la estoica y pura estampa de don Cefe, el horrendo fin de Pedro Andrade, Rolando Alcántara, vencido por el vicio y el desfile macabro de las pensionistas de una mancebía de arrabal. Es

un mundo nutrido, complejo, miserable, sostenido por una terca y firme actitud frente a la vida.

El autor ha sabido sacar provecho de la observación de un ambiente que ya ha sido explorado por otros escritores chilenos, pero que todavía tiene vetas inéditas que irán saliendo a luz en la medida en que sean descubiertas por ojos zahoríes como los de Nicomedes Guzmán. El que conozca la grandiosidad de la pampa salitrera, echará de menos que Guzmán no haya hundido su mirada con más ahinco en esa tierra reseca y austera, de paisaje lunar, de océano inmóvil, donde el hombre, con todas sus pasiones, vicios, rencores y nobles sentimientos, es apenas un complemento de la naturaleza que lo domina todo con su sola presencia. Se ha dicho que el autor de *La luz viene del mar* abusa del lenguaje metafórico. Nosotros agregaríamos que es esa su característica, la tónica que anima, ennoblece y hace respirable el aire viciado del hampa, de los prostíbulos y de los conventillos que describe este autor que recurre a la experiencia personal para crear una obra de arte literaria, que si no tiene carácter universal, es un reflejo fiel del ambiente en que ha vivido o le ha tocado en suerte conocer. El lenguaje metafórico, dosificado, da fluidez y embellece el relato. Sin embargo, en las páginas 231 y 268, encontramos algunas metáforas que sacuden al lector por lo imprevistas. Veamos dos ejemplos: "Encima de la ciudad, la noche araba con sus anclas entrañables, hundiéndose en los cienos angustiados del misterio. Crujían y rechinaban las estrellas, en su rodar desamparado, lo mismo que viejas cadenas desprendiéndose de un cabrestante herrumbroso". En la página 269, son también las estrellas las que arrancan al escritor estas frases: "La amanecida venía acorralando estrellas. Y las majadas celestiales balaban como si estuvieran viendo morir a sus más tiernos borregos".

En verdad, si existe algo silencioso, eso son los astros, deslizándose en el espacio, guiados por la invisible mano de Dios. Nicomedes Guzmán las ha sentido crujir y rechinar con los oídos del

espíritu, y con un poco más de imaginación poética, ha escuchado sus celestes balidos. Sin duda, el escritor, especialmente el poeta, tiene licencia literaria para construir imágenes a su capricho, pero hay un límite en que el creador debe detenerse para no caer en la incongruencia y poner de manifiesto que lo guía un prurito de amontonar metáforas. Decimos esto en general, al margen de esta novela. Si hacemos este reparo a la obra que comentamos, es porque comprendemos que estamos ante un magnífico escritor, espléndidamente dotado, que conoce la técnica de novelar y ha descubierto sin pretenderlo el secreto de extraer de la vida muchas cosas interesantes y que, por lo tanto, no tiene motivos para recurrir a imágenes o metáforas como las citadas, que nada agregan a su ya sólido prestigio de escritor.

Y en este libro que comentamos, hay también algunas páginas sobrecogedoras, que relatan uno de los crímenes más horrendos que se ha cometido contra el pueblo: la matanza de la "Escuela Santa María", en Iquique, a comienzos de este siglo. Hubo, en esa ocasión, agravantes de premeditación y alevosía: "Frente al edificio de la municipalidad, se alinearón las carretas recolectoras de basuras, vacías, a la espera, con sus mulas coceantes y sus conductores silenciosos, herméticos en su espanto profundo. En el hospital se preparaban camillas y se alzaba una bandera de albura diferenciada por una cruz roja. En el rincón de uno de los cementerios, peones angustiados terminaban de abrir una enorme fosa, vigilada por la soldadesca".

La sinfonía termina con un canto al mar y a las campanas de San Gerardo, donde enigmáticos violines florecían sus más sugestionantes acordes para Virginia. El colofón indica que el libro fué escrito desde julio de 1948 hasta enero de 1949, es decir, en siete meses con un itinerario de gitanería a lo largo y ancho de nuestro territorio. No queremos afirmar que fué un parto prematuro, pero faltó, tal vez, a su autor, la calma tan necesaria para pulir las aristas y domeñar el idioma, celoso de todo el que no entrega la to-

talidad de sus esfuerzos y de su talento para penetrar en sus semánticos secretos.—GONZALO DRAGO.

“LA CIMA ARDIENDO, de Antonio Campaña

El hombre, en nuestros días, vive atormentado, además de sus vivencias, por toda una encadenación de hechos exteriores que le mantienen en una suerte de dolorosa pendulación frente a la vida. Desprenderse del mundo y su tangible problemática es una actitud difícil, y por esto que es una actitud esencialmente de poeta.

Es así como junto a todo un sistema de realidades ya casi organizadas, el poeta que es auténticamente tal, puede desligarse de ellas, erguir sus finos sentidos hacia los planos profundos, extraer la substancia de su ser emocional y entregarla hecha voces altivas que irán a tener resonancia en tantas otras que no encuentran su propia expresión. Entonces, el deseo que conduce al amor o el amor que conduce al deseo, la angustia del espíritu ante su propia altura, lo limitado de nuestra medida temporal, la ardida entrega o la espera dilatada, todo ese juego de ansiedad, esperanzas y dudas en que se debaten los humanos en una etapa de madurez perceptiva, el poeta la entregará siempre renovada a través de su sensibilidad y de su calidad de tal. En *La cima ardiendo*, de Antonio Campaña, nos encontramos frente a una obra que es un canto puro al amor realizado y zozobranante. Ya podemos escucharle cuando nos dice:

... Yo no quiero soltarte y sólo pido
por no entregar tu voz y ser tu dueño,
cortar el viento o padecer su ruido (El amor tenaz).